

la reja o la varijada, que no es poco, en manos hechas a su manejo, para ahuyentar moscardones que se acerquen runruneando.

La soledad es el mayor fantasma de la quintería y sólo algunos de agreste rusticidad, como Calalo, o de acentuada misantropía, pensamiento ejercitado y dominio de su intimidad, como Eugenio el Moralo, la han afrontado estoicamente durante toda su existencia y la han preferido a cualquier otro género de vida, siendo ejemplares a su modo.

Las casas grandes, de mucho movimiento y personal, daban menos cuidado, pero las necesidades de las labores y del pastoreo obligaban a dispersarlos, como la eras, por lo que en nuestro campo no fue posible la concentración y las casas podían ser, a días, más medrosas cuanto más grandes. En nuestros campos deshabitados, se ven las quinterías a mil leguas, como monasterios de monjes u olvidadas ermitas desamparadas, con almas en pena, las paredes desconchadas, herméticas y un silencio sepulcral a su alrededor en medio de la quietud más absoluta. No es extraño que el alcazareño, hombre de paz y de pan, haya querido siempre poca quintería y al fin ninguna.

En el siglo XVIII había bastantes quinterías dispersas por nuestros campos, pero la mitad por lo menos eran de forasteros avencidados en otros pueblos y las propias las tenían, como es natural, los que las necesitaban, pues la quintería la engendra la distancia y la necesidad del cultivo o la manutención del ganado y no hay ninguna de la que no se hable como propia de la tierra en que está enclavada, incluso dentro de la misma hacienda se describen las tierras por separado como de cada quintería, aun siendo nuestro campo tan parcelado como lo era ya en 1750 y lo sigue siendo, sin que las divisiones hayan aumentado la parcelación tanto como parece a primera vista, pues no debe confundirse la propiedad con la división del terreno; se puede ser dueño de mucha tierra pero dividida en muchos pedazos.

Nuestro primer Hidalgo de la época comentada, Don Diego Moreno Barchino, en la quintería de Villacentenos, entre el carril de Mondonguero y el de la Solana y el ejido de la casa tenía cinco fanegas tan malas que las sembraba cada cinco años, con cuatro de descanso. Claro que no eran solas, pero vamos a la división. A un tiro de bala había otras 46 fanegas, ya un poco mejores, para sembrar cada tres años, con dos de descanso, lindando también con el carril de Mondonguero y al norte, detalle que convendrá recordar, con tierra de la Capilla del Licenciado Pradillo. ¿Qué Capilla y qué Pradillo serían éstos? Porque Prados, lo que se dice Prados, nosotros hemos tenido pocos, ni aun en diminutivo y menos entre el salitre. ¿Sería este señor el amo del Pradillo y le daría nombre?.

Sigamos con don Diego. Pero es que los gazapos se salen al camino, como en el monte que estamos, y da lástima dejarlos que se vayan.

A trescientos pasos tenía otras ocho fanegas tan malas como las de la Casa, lindando con el licenciado Romero Mercado, con el otro gran don Diego —Diego José Guerrero—, con tierra de la Capilla de Antonio Cervantes, etc. Antes estaba también de lindera doña Angela Valenzuela y demás grandes de Alcázar que todavía resuenan.

A media legua tenía diecisiete fanegas, también contra el camino de La Solana,